



SEÑORES Y SEÑORAS:

MARIA! Tu nombre más suave que el murmullo de la brisa y más dulce que el zumo de las flores, sea la luz de mi inspiración y el ritmo santo de mi acento. ¡Hablar yo de tí! ¡Qué diálogo es posible entre un grano de arena y una estrella? ¡Qué podrán decir las nieblas de la luz? ¡La nada tiene por ventura voz alguna con que entonar himnos de alabanza? Madre yo sé que eres buena: acepta mi pobre ofrenda. Con mi ejemplo, quiero probarte que hasta los malos te amamos; que tan buenos eres que les permites ensalzarte, aun á los mismos que tanto te han ofendido.

* * *

El Venerable Padre Alonso Rodríguez, después de San Ignacio de Loyola, quizás la cabeza más fuerte que ha producido la Compañía de Jesús, en un lugar de su incomparable libro. "Ejercicios de Perfección," dice: "que la voluntad es una potencia destinada á ser dirigida por la razón, como por el timón la nave;" y en otro lugar añade: "que para que el amor vuele alto y recto, la razón debe prestarle alas, desmenuzando antes despacio y bien, las verdades que deben inflamarlo."

Para el cristiano, el amor á María no sólo es deber sino el más grande de los consuelos; amar á la Virgen es el mejor presente, después de la redención, que los cielos pudieron hacer á la tierra. En la eternidad, una de las más grandes é inefables delicias de los bienaventurados, será amar en plenitud de espíritu, á la más bella y más amable de las criaturas. "¡Cómo será el gozo de los elegidos, en viendo allá en los cielos, tal cual es á la Virgen Santa!" exclamaba Fray Luis de Granada, el de la

cabeza de ángel y corazón de paloma; ése Fray Luis, que al pasar por las plazas, se sabía en que templo predicaba, por los sollozos de amor y de dolor que arrancaba á sus oyentes.

Sé me dirijo á corazones católicos que no necesitan pruebas, pues no lo serían, si no ardiese en ellos inextinguible como el fuego en el antiguo templo, el amor de los amores, el amor á María, que da inteligencia grande á los que la aman, y que hace escribir en el eterno libro, la suerte feliz de los que la invocan reverentes. ¿Maa por qué la amamos? ¿Es amarla una engañosa ilusión? ¿La hemos forjado en el delirio de nuestras aspiraciones incesantes, hacia el ideal de la belleza y la bondad? ¡Blasfemias! María, la doncella humilde de Nazareth; la que lloró en el Gólgota; la que subió á los Cielos, donde convertida la gracia que en ella rebozaba, en gloria y poderío, vive Inmortal; es una realidad más palpable, una verdad más evidente que el aire que respiramos, que el fuego que nos vivifica y que la luz que nos alumbra.

Como el avaro su tesoro, pláceme revolver las pruebas incontrastables de la ver-

dad de nuestra fe, para que bien henchida la inteligencia de convicción, se encienda el corazón hasta consumirse de amor. Entre las innumerables pruebas de su verdad, para más corroborar nuestras creencias y para más avivar nuestro amor á la Madre de Jesucristo, bastará fijarnos en los tres especiales caracteres que distinguen, el amor que á María profesamos los mortales.

Lo mismo la aman los espíritus más enérgicos que las almas más sensibles y delicadas; las más altas y profundas inteligencias, que los entendimientos más rudos. Es el amor á María en sus prodigiosos efectos, el más eficaz de los amores. Brotado una vez en el corazón humano, nada es capaz de borrarlo; no puede extinguirse sino al fuego de la justicia infinita. Si el amor á María, es el más universal, el más eficaz y duradero de cuantos puede encerrar el corazón humano, verdadero tiene de ser, ó la humanidad entera está demente y la razón es la locura entonces.

* * *

Para amar á María, cita parece que se

han dado en un mismo afecto, á través de la distancia y de los siglos, los más rudos heroísmos y las más tiernas sensibilidades; las más poderosas inteligencias humanas y los espíritus más humildes y sencillos; ¿Sabéis quienes fueron Cortés y San Buenaventura? ¿Quienes Santo Tomás, San Agustín y Bernarda Soubirous?

¿Queréis ver á Cortés? Abrid las páginas del soldado de la conquista Bernal Díaz, encantadoras por su verdad y sencillez, y en ellas encontraréis el mejor retrato moral y físico del conquistador, á cuyo lado se ve pequeño de talla al mismo fabuloso Aquiles. "Pálida tenía la color, dice Bernal, y las barbas ralas y prietas: anchas las espaldas y bien levantado el pecho. Muy diestro era en armas y caballos; tenía los ojos serenos y amorosos, menos cuando se indignaba; y sobre todo, añade Bernal, hombre de mucho y muy grande corazón: que es lo único que hace á nuestro caso."

¿Quién era ese Cortés y qué hizo? No tenía mas que su corazón y su espada; y un día se dijo á sí mismo: con ésta me he de hacer dueño de un mundo, y pasaron días,

y con ella mas tierras ganó para su rey, que reinos heredara éste, de todos sus progenitores. ¿Qué hizo, preguntáis? Tornaron los que le acompañaban la mirada un día hacia las naves que les habían traído, y Cortés sin temblar, incendió esa última esperanza de los cobardes. Muy cerca de aquí, el amor en una noche deslizó á su oído una pavorosa confidencia: Cortés irguiéndose en el acto, desnudó el acero y mató tanto, que aun está resonando á través de los siglos, el lúgubre gemido que en su dolor lanzó Cholula. “Mató tanto en esa noche, que hasta el cabello se le tiñó en sangre; y que para salir al día siguiente de Chololán, tuvo que trepar sobre montones de cadáveres.”

Más tarde, impaciente de llevar un tan largo asedio contra México, él mismo conduce á los suyos al asalto. Los sitiados se defienden; los de Cortés retroceden y lo abandonan. Rodeado de enemigos y solo, no le faltan ni el corazón ni el brazo, y se salva á sí mismo, á fuerza de heroísmo y de pujanza. Al referir este suceso, el buen Bernal Díaz no tiene más que una sola exclamación, que supera toda elocuencia con su mismo laconismo. “Ah! exclama Bernal,

¡mostróse entonces allí, muy varón el Don Hernando”! En verdad que no era el de Cortés un corazón medroso ni cuitado. Y ¿sabéis qué amor imperaba en ese espíritu indomable, y hacía doblegar la frente de ese hombre de gigante aliento y de energía de bronce? ¿Sabéis cual era la imagen santa que llevaba bajo su casco, para que cual talismán divino, lo preservase del peligro y de la muerte? Preguntadlo al mismo Bernal “llevaba siempre consigo Don Hernando, dice Bernal, la imagen de la Sra. Santa María, de la que era muy devoto, como debe serlo todo buen cristiano.”

Impera, pues, el amor de María, sobre los más rudos heroísmos, que la aman y la invocan entre el fragor del combate, y el doble humo de la sangre y de la pólvora.

Qué contraste forma el pecho de diamante del más insigne de los conquistadores, con el blando corazón del Doctor seráfico. Pocas rasgos bastarán á fijar el bellissimo perfil moral, del grande San Buenaventura. El hijo de Juan Fidanza y de María Retell, á los veintidós años toma el hábito del humilde San Francisco; estudia bajo la disciplina de Alejandro de Halles, y marcha á

París á recibirse de Doctor con Santo Tomás, y allí enseña teología con inmenso aplauso. A los treinta y cuatro años es general de su orden, cuyo instituto restablece. Muere Clemente IV; la sede pontificia queda vacante tres años; y no pudiendo los cardenales concordarse sobre la elección del nuevo pontífice, la dejan al arbitrio de San Buenaventura, empeñándose con solemne promesa en reconocer al que eligiese, aun cuando se nombrara á sí mismo.

Digno era San Buenaventura, de este honor sin ejemplo hasta entonces ni después, en la historia. Su virtud y su mérito eran tan admirables, que amigos ni enemigos pudieron excusarse de alabarle. Bellarmino el sabio, le llama "querido de Dios y de los hombres." Alejandro de Halles, su maestro, solía decir: "que Adam pareció no haber pecado en Fray Buenaventura; Gerson el santo, asegura que de todos los Doctores católicos, es el más propio y más seguro para ilustrar el entendimiento é inflamar el corazón; y el mismo Lutero en fin, el heresiarca procaz, obligado se vió á llamarle varón excelentísimo," "prestantissimus vir."

Las grandezas de San Buenaventura, en toda su imponente magnitud, pequeñas son sin embargo, comparadas con el fuego de su amor, con la increíble ternura de su corazón. Se duda si entre los simples mortales, el alma más delicada y tierna, sería la de Santa Teresa de Jesús ó la de San Buenaventura; estas dos bellas almas, comparten la soberanía del reinado sin lindes, del sentimentalismo humano. Del hermoso corazón angélico de San Buenaventura, brotó el "Salterio de la Virgen," ese pequeño libro después del Kempis, el más inspirado tal vez de todos los libros humanos. Tanto amaba á la Virgen María, que á él se debe, que las campanas toquen todos los días á determinadas horas, para recordarla á los fieles, cuando el bronce sagrado la saluda.

¿Por qué el más áspero heroísmo y el sentimiento más tierno, entonan unísonos, himnos de amor á María?

De los hombres que no han sido directamente inspirados por el Espíritu Santo, como los profetas y los apóstoles; no hablo de Daniel, que ve en lo futuro; de San Juan, que asiste á la consumación de los tiempos; ni de San Pablo, que es arrebatado

do en espíritu, hasta el tercer cielo. De los hombres inspirados sólo por la gracia, se cree y con razón, que las dos más altas inteligencias que la humanidad haya producido en el curso de los siglos, sean las de San Agustín y Santo Tomás de Aquino; el Platón uno, y el Aristóteles el otro, del cristianismo. San Agustín levanta la mirada y se lanza al espacio; como las águilas, se cierne sobre las nubes y mirando al sol de frente, trata de la gracia, es decir, del más hondo abismo del amor y de la justicia de Dios para con los hombres. Santo Tomás cierra los ojos, inclina la cabeza y en sus meditaciones, profundiza y cava dentro los más hondos abismos y arcanos de todo humano saber; ve casi como los ángeles, todos los efectos en sus causas. San Agustín y Santo Tomás, la más elevada y la más profunda de las inteligencias humanas, tanto amaban ambos á la Virgen, que hasta hoy día la humanidad entera, y la Iglesia misma, está en duda, si esa oración de lágrimas y de esperanzas, de perlas y de brillantes, "Acuérdate oh piadosísima Virgen María" es de Sto. Tomás ó de San Agustín! ¿Quién no conoce á Bernardette Soubi-

rous, la humilde campesina, la hija ignorante del pobre molinero de Lourdes? Apenas sabe leer y apenas si puede hablar. Jamás ha aprendido cosa alguna, todo lo ignora; y sabe sin embargo lo que vale más que todas las ciencias, amar á una Virgen tan santa, tan poderosa y tan buena, que no se desdena de bajar al llamado de la pobre niña, para decirle con su propia voz, que es la armonía más sublime de los cielos: "Yo soy la inmaculada Concepción."

¿Por qué Agustín y Tomás, le dan la mano á Bernardette y y caen juntos los tres de rodillas ante la Virgen? ¿Por qué ante ella se abrazan, para fundir en un mismo amor sus corazones, Hernán Cortés y el hijo de Juan Fianza? El que niegue que el amor á María es el amor de todos los lugares y de todos los siglos, de todas las inteligencias y y de todos los corazones, tiene que ser ó un réprobo ó un insensato.

*
*
*

El amor á María, no sólo es universal, sino después del de Dios, el más eficaz de

cuantos amores pueden contenerse dentro el corazón humano. La raíz del pecado es la soberbia del espíritu, según San Juan; y de ella brotan la soberbia de la vida, la codicia de los ojos y la codicia de la carne. Es tan maravillosa la transformación que el amor de la Virgen opera en el corazón humano, que sólo á su influjo se comprende puedan brotar en él, las virtudes más contrarias á nuestra naturaleza; á nuestra naturaleza, caída en Adán, corrompida y degradada por el pecado; pues es verdad teológicamente, que la gracia no contraría, sino que ayuda y levanta la naturaleza humana.

El amor á María obra prodigios más grandes que el del horno encendido y del lago de los leones; prodigios diarios que todos hemos sentido dentro nosotros mismos y visto en los ajenos corazones con nuestros propios ojos. En potencia perseverante y tenaz, la más fuerte de las pasiones humanas es la codicia, el terrible "amor habendi", amor de tener, de que hablaba Cicerón. El fuego voraz de la codicia, divide padres é hijos y separa al hermano del hermano. La codicia endurece los más aman-

tes corazones; por codicia los padres..... las madres mismas, venden y sacrifican á veces, lo único. ¡Dios mío! que pareciera invendible sobre la tierra, la felicidad de sus hijos!!

Cuando una mano humana se cierra para defender la moneda que tiene dentro, no se han encontrado aún, ni acero bastante templado, ni tenazas bastante poderosas, para poder abrirla. María desde su trono de luz y de gloria, arroja una mirada doliente sobre ese puño cerrado y esa mano se abre; y hospitales se fundan y orfanatorios se levantan; pan hay para el hambriento y no tienen ya frío los niños abandonados.

No tan tenaz cual la codicia; pero pasión más violenta es la del odio. La venganza y el odio, son como la parte más florida, del tremendo acervo hereditario de Adam. Sólo por Dios es posible amar á los hombres; por nosotros mismos, los mortales somos no sólo indignos de ser amados, sino con razón odiosos y abominables. En fuerza de años, de sudores y de privaciones, hemos logrado hacer nuestra, una pequeña porción de esos miserables bienes de la tierra, tan impotentes para hacernos felices; pero tan

disputados por todos y tan necesarios para sostener nuestra misma miseria: á fuerza de ternura y de desvelos, hemos logrado que sean nuestros, el corazón de una esposa legítima y santamente querida; y el de una hija, sólo girón de paraíso, que nos da sombra en este ardoroso valle de las lágrimas. Viene otro hombre y se lleva nuestros bienes: mancha con sus pasiones nuestro honor: mata con su hálito nuestra dicha y envenena con su ponzoña nuestra vida. Arde entonces de ira nuestra frente y abrazado en rabia el corazón, gritamos ebrios de furor, ¿dónde está? quiero vengarme; matar debo sin piedad, al ladrón de mi honra y al asesino de mi felicidad.

María entonces desde la cumbre del Calvario, llorando nos mira y vuelve su mirada á su hijo Sacrosanto que expira sin rencores y amando. Lo ve á El y torna á mirarnos, y entonces la soberbia calla en nosotros, se apaga la ira y cosa imposible, tres veces imposible, pero cierta, el perdón brota de nuestro ulcerado corazón.

Más impetuoso que el del odio, es el oleaje embravecido del amor. Dichosos los que

sobre la tierra, saben odiar lo que es amable. ¡Más cedros han derribado las brisas murmuradoras del amor, que los desatados huracanes de la ira! Es ligera, perfumada y movable su cabeza; son amorosos y llenos de luz húmeda sus ojos; es débil y medrosa; sabe suspirar y gemir; es abnegada y tierna; nació para amar y ser amada; cuando habla caen perlas en taza de cristal y se escuchan acordes de armonías vagas y lejanas: es suave como vellón de seda y perfumada como aroma de flor. Es hembra, palabra que todo lo dice en boca de varón, según la frase inmortal del insigne dramaturgo Don. Pedro Calderón. En su presencia, el hombre deslumbrado y demente, no tiene más que una sola lógica enseñada por Satán, las pasiones: es hembra y es bella, luego es mía; y ¡ay! del que se atreviese entre ella y yo!

María entonces, desde su solio de estrellas, con su túnica blanca como la pureza; su manto más azul que el puro azul del firmamento; un solo rayo arroja de la luz que irradia su corazón de azucenas, sobre el manchado corazón humano, y ese corazón se purifica y queda más limpio que el albor

de la mañana. Torna el rostro le dice y marcha sin volverlo más; y ese hombre se vuelve del borde del abismo, y retrocede y marcha. No basta, le dice María; arranca ahora de tu corazón ese sentimiento. No puedo le grita el hombre, llorando y retorciéndose en su dolor; mas obedece al fin, puede entonces y arranca de su pecho esa afición banal. Más aun, torna la Virgen Santa á decirle; borra esa imagen peligrosa de tu mente. ¡Imposible! si es tan bella, grita el mísero mortal; pero al fin la borra de su mente con sus propias lágrimas y la bella engañosa visión por siempre desaparece.

Si ese amor fecundo en prodigios, raudal copioso de virtudes, generador de cuanto hay en el mundo de grandioso y de sublime; si el amor que abre la mano del codicioso y del avaro, que apaga la hoguera del odio y del rencor, que hace cerrar los ojos al deleite y tornarle el rostro á la mujer querida, no es el más hondo y eficaz de los amores, no hay entonces amor sobre la tierra ó amor es sólo una palabra sin sentido.

* * *

Y no sólo el más eficaz, sino el más profundo y duradero de todos, es el amor que inspira la madre de Dios á los mortales. Tan hondamente impreso está en el corazón humano que sólo puede borrarse, una vez grabado en él, con el fuego inacabable del infierno.

Malos testigos son de las grandes verdades, los que medio ebrios y tambaleantes con el dulce licor de sus prosperidades, los que sentados á la mesa del festín espléndido de la vida, se sienten hartos de dichas pasajeras y de glorias terrenales. El móvil de las almas justas, de la porción reducida de los elegidos de corazón recto y sencillo, es el amor sin duda. Amar el bien en sí mismo, porque es en sí infinitamente amable, es el don precioso que Dios otorga á sus predilectos: ese fué el lote que cupo en suerte á la legión de los mártires, al coro de las vírgenes, y á la muchedumbre de los penitentes que cubren su cabeza con la ceniza de sus propias amarguras sufridas con

paciencia y en lacrimoso júbilo, según la expresión de un ilustre apologista.

En estos corazones elevados, el nombre de María, es la nota más alta del himno de sus alegrías. Por desgracia la mayor parte de los humanos, ingratos somos en la prosperidad y duros nos tornan los mismos beneficios. El más serio y profundo de los pensadores paganos, Tácito, el historiador que más ha conocido la debilidad del corazón humano, decía lleno de convicción y de amargura: "sólo es posible gobernar á los hombres por el interés y el miedo; por el interés móvil único de las almas viles, y por el miedo, digno resorte de los corazones degradados"....

Quizás el común de los mortales olvide á María en los cortos días de la salud, en las horas sonrientes y ligeras de la prosperidad; cuando la juventud y la alegría rebozan; cuando la abundancia y con ella los amigos, nos circuyen. Los felices, escrito está, no serán nunca los testigos de las verdades inmutables; de esas verdades eternas, que el tiempo no ha de morder y á las que no han de quitar ni una sola tilde, siglos de siglos sin fin.

El que una vez llegó á conocerla, olvidar puede á María en el estruendo del júbilo mundano; en las criminales embriagueces de la prosperidad y alegría, que pasan como sombras vanas de un vane fantasma. Que sople el viento de las adversidades y que el dolor arrecie; y entonces cierto es, que no será olvidada. ¡Primero que de Ella los mortales se olvidan de sí mismos!

Apelarse podría á todos los testimonios y á todas las conciencias, si alguien se atreviera á dudar de verdad tan evidente. Cuando la miseria llama á nuestras puertas; cuando la enfermedad se sienta al borde del lecho de un sér que nos es querido; cuando el dolor nos zarandea, como en la criba el trigo es sacudido; ¿á quién volvemos el rostro suplicante entonces? Cuando el cañón atruena, las balas silban y los nuestros comienzan á desplomarse a nuestro lado, ¿á quién invocamos entonces? Ruge el viento, la ola se hincha embravecida y espumosa, gimen las cuerdas y crujen los costados de la nave combatida sobre el abismo, ¿qué nombre posa entonces sobre todos los labios balbucientes y secos? Agoniza una hija; cierra un padre los ojos para siempre;

una idolatrada madre lanza el postrimer aliento é inclinando la cabeza expira en nuestros brazos, ¿qué nombre se percibe en el estridente grito, que el dolor nos arranca entonces?

El más hondo y duradero de todos los amores debe ser el que María inspira, puesto que sobrevive á todas las desgracias y acompaña á los mortales hasta la tumba. Muy hondo debe ser, cuando es el amor del que tiene hambre y sed; del huérfano desvalido y la viuda inconsolable; del enfermo y del atribulado; cuando crece con el dolor y se acrisola con las lágrimas; cuando puede consolar de la pérdida de una hija única; y de la de un padre y una madre, que no pueden tenerse más que una vez! Creed que después del de Dios, es el más profundo de todos los amores, el que puede distinguirse á través de la amarillenta flama, del cirio que ha de alumbrar el estertor de nuestra agonía.

¡Es hondo sí, más hondo que los mares, el amor que María inspira!

Si después del de Dios mismo, el más universal, el más fecundo y eficaz, el más hondo y verdadero de todos los amores es

el que María inspira, verdadero tiene que ser ese amor. Y si es verdad ese amor, verdad tiene que ser la que lo inspira: María, la madre del Señor y madre nuestra; la Virgen santa, llena de gracia y de hermosura, de clemencia y poderío; la escogida entre millares; la Señora de los ángeles; la Reina de la tierra y de los cielos! Si después de Dios es Ella, lo más amable y digno de ser amado, que existe y puede existir, ¿por qué no la hemos amado cual debíamos, por qué la hemos ofendido tanto?

Más grande es su poder que nuestra miseria: que se hundan en el abismo de su amor, nuestras ingratitudes! ¡Llorar debemos sí, mas no desesperar! ¡Vé nuestras lágrimas, Tú que tanto sabes de llanto y de congojas! Como Job, una sola esperanza tenemos depositada en nuestros pechos, y ella nos sostiene en el áspero sendero de la vida. ¡Que con estos nuestros ojos veamos la gloria de tu Hijo! ¡Qué sea, tu nombre, nuestra última palabra al expirar!

